

chando la oportunidad que se nos presenta para constituirnos sólidamente; y teniendo presente que las naciones de que se trata, no abrigan la idea de una conquista; ni piensan menoscabar en lo mas pequeño la Independencia, y la dignidad de México, sino que solo quieren asegurar las personas y los intereses que aquí tienen comprometidos, estableciendo un orden de cosas duradero, que es lo mismo que nosotros hemos pretendido siempre, creo, Sr. Doctor, que por parte de los hombres de bien, y de los que amen verdaderamente á su patria no puede haber obstáculo que se oponga, supuesto que se trata del bien de ella. Pero como desgraciadamente los demagogos han de tocar todos los resortes que puedan para reverter la cuestion, presentándola como una dominacion á mano armada, y pretendiendo probar su dicha con la presencia de las tropas extranjeras que llegaran á ocupar la capital de la República, yo encuentro precisamente la dificultad, porque como vd. sabe, se puede encender el amor patrio, estimular el orgullo nacional y convertir en guerra de conquista, lo que no es mas que una intervencion amistosa, en cuyo caso, Señor, vd. comprenderá fácilmente que nos perdemos y perdemos á la nacion en lugar de salvarnos todos, porque creame vd. Sr. Doctor, que lo que es posible conseguir con la razon, es imposible alcanzar con la fuerza, por muchas que sean las tropas de que puedan disponer las naciones de Europa: Vd. conoce nuestra extension territorial, y sabe vd. bien lo acostumbrado que están nuestros paisanos á la guerra de guerrillas, que seria interminable. Por lo mismo creo, Señor, que si verdaderamente se desea la felicidad de nuestro país, es indispensable tratar este negocio con un tacto y una delicadeza estremada.

«Nada de imponernos condiciones; nada de intervenir las armas extranjeras. Déjese á la nacion que se cons-

tituya libremente segun su voluntad: concédase al nuevo gobierno el tiempo necesario para organizar su cuerpo de ejército, y la destruccion de los demagogos; el restablecimiento de la paz, y la conservacion del orden, nosotros podemos alcanzarlo con nuestras propias fuerzas, haciendo efectivas las garantías que deben disfrutar los extranjeros en sus personas é intereses, en todo país civilizado y bien constituido; y cumpliendo todos nuestros compromisos con las demás naciones.»

Conforme con estos principios y con las ideas que el general Márquez manifestó en el memorandum de que ya dejamos hablado, habia estado sin mezclarse en la intervencion; pero obligado á separarse del general Zuloaga, por los disgustos que ya hemos referido, y llegando á Orizaba despues de su triunfo de Barranca Seca, tanto mas glorioso, cuanto que las armas juaristas tenian frescas las impresiones de su victoria sobre el ejército francés, allí el general Almonte y las demas personas le dieron toda clase de seguridades de que la intervencion era en todo conforme á sus deseos; y con sus instancias lo decidieron á permanecer en el mando de las tropas mexicanas, que debian procurar el establecimiento de un gobierno conforme á los deseos y á las necesidades de la nacion.

Los gobiernos europeos desaprobaban la conducta de sus comisarios en sus primeros pasos; pero al fin, una vez que abandonaron la empresa, los gobiernos inglés y español se conformaron con aquel resultado, aprobando el francés la conducta de sus representantes. Mas cuando Napoleon supo el descalabro de sus fuerzas en Puebla, mandó mayor número, nombrando para el mando militar y político de la expedicion al general Forey, que llegó á Veracruz en Setiembre de 1862.

A consecuencia de esto, dejó de existir la autoridad

del general Almonte como jefe supremo de la nación: y aunque fué tenido este paso generalmente como muy impolítico; sin embargo el general Almonte lo suavizó cuanto pudo, expidiendo una proclama en que trató de demostrar la conveniencia de él para el mejor éxito de los negocios públicos de México.

La conducta política del general Forey, no fué muy satisfactoria desde el principio, ya fuera por causa de él mismo, ó de las instrucciones que tenia de Napoleón: y aun fué peor su conducta militar, empezando por estar muchos meses en una inacción innecesaria y de malos resultados. Al fin se empezó á mover con sus fuerzas á principios de Febrero de 1863 y á mediados de Marzo puso sitio á la plaza de Puebla, que se habia puesto en estado de defensa, y que al mando de D. Jesus Gonzalez Ortega resistió hasta el dia 17 de Mayo en que el ejército republicano se rindió, inutilizando antes todos los elementos de que se podian aprovechar los vencedores.

Como perdida la plaza de Puebla, no le quedaba á D. Benito Juarez medio de defenderse en la capital, cerró el congreso sus sesiones el 30 de Mayo, y el gobierno salió para S. Luis, acompañado de la poca fuerza que quedaba á su disposición. Luego que la ciudad quedó sola se hizo un movimiento por el general de artillería D. Bruno Aguilar, declarándose en favor de la intervencion, encargando provisionalmente el mando político y militar al general D. Mariano Salas.

El ejército frances con la morosidad con que desde el principio se manifestó, se movió entonces de Puebla y entró á México el general Forey el dia 10 de Junio, yendo á la vanguardia las fuerzas del general Márquez: y despues de ser recibidos los jefes del ejército aliado en la Catedral donde se cantó un solemne *Te Deum*, el general

Forey puso al ministro de la guerra en Francia, el siguiente despacho, con fecha del mismo dia 10 de Junio.

«Acabo de entrar en México á la cabeza del ejército. Con el corazon todavia conmovido dirijo de prisa este despacho á V. E. para anunciarle que la poblacion entera de esta capital, ha acogido al ejército con un entusiasmo que raya en delirio. Los soldados de la Francia han sido agobiados literalmente bajo el peso de coronas y ramos... Despues del desfile, he recibido en el palacio del gobierno á las autoridades, las cuales me han arengado. *Esta poblacion está ávida de orden, de justicia y de verdadera libertad.* En mis respuestas á sus representantes les he prometido todo esto en nombre del Emperador.

Gobernador de la Legación y nombramiento del Emperador
 hecho en la persona del Archiduque
 Fernando Maximiliano de Austria.

Como la patria se encuentra en un estado de gloria y se debe celebrar sus glorias, el Emperador desea tener que aplicar sus coronas de la victoria eterna, al pueblo de que hoy vamos á ocupar, cuando toda la nación celebra el día de su independencia de felicidad, no desde su primer nacimiento, sino desde el momento en que se ha convertido en una nación que, empunando sus armas, se ha convertido en una nación que, desde el momento de la independencia de aquella nueva era, se ha convertido en una nación que tanto ha perseverado á México, vino á poner en la copa que acreaba á sus labios, una gota de miel que amargara todo su contenido; y la época que esperaba de descanso, no fué sino la más terrible lucha contra el temor de caer en el abismo de que venia burlando hasta muchos años y la esperanza que se desvaneció al fin.